

¡A Dios! y tu ¡oh mi madre! que en la gloria
 Estás mirando mi dolor tan cierto,
 Recibe por ofrenda, esta que vierto
 Lágrima pura, á tu feliz memoria.



A LOLA.

Yo te he visto crecer cual la palma
 En virtud, á las gracias unida;
 Que adorada aun mas que querida
 Debes ser de quien sepa de amor.
 M. de Rementería.

CANCION.

Lola bella, mas pura que el astro
 Que en la noche ilumina este mundo,
 Muy mas bella que el sol rubicundo,
 Dulce y tierna cual cándida flor:
 Fija en mí, que te adoro rendido,
 Compasiva una vez los tus ojos;
 Y en tus lábios divinos y rojos,
 Lea yo mi ventura y tu amor.

De la rosa el aroma es tu aliento;
 Y tu acento tan grato y süave,
 Como el canto amoroso del ave,

Como el aura que halaga el clavel:
¡Ay! quien mire tu rostro divino
Y no te ame, querube del cielo,
Tiene una alma insensible, de hielo,
No amorosa, cual yo, pura, y fiel.

Abre al fuego de amor que me abrasa,
Tu albo seno, mi angélica Lola,
Como el cáliz la tierna viola
Al rocío feliz suele abrir.
Abrelo, que mi dicha es quererte;
Mi ventura, tu grata memoria;
Y tu amor mi delicia y mi gloria....
No mirarte, llorar y morir....

No ya esquiva, muger adorada,
De mí apartes tus vívidos ojos,
Que al sol mismo le causan enojos
Cuando miran con luz celestial:
Alzalos y en los míos los fija
Amorosa, templando la llama,
De mi pecho que ardiente te ama,
Cual á un ángel divino, inmortal.

Son tus ojos brillantes luceros,
Ora miren serenos ó crueles:
Son tus labios nacientes claveles;
Y tu aliento el que aspira el amor:
Son tu seno y tu cuello de nieve,
Nieve pura que roba el sosiego,

Y que enciende en mi pecho ese fuego
Que dá vida y dá muerte en su ardor.

Si hay un ser hechicero en el mundo,
Ese ser eres tú, Lola bella:
Si hay un ángel que hermoso descuella
Sobre todos, tú lo eres tambien;
Y si encuentra en sus penas el hombre
Un objeto de dicha y consuelo,
Eres tú que el Señor desde el cielo
A la tierra mandó por mi bien.

Donde pones tu planta divina,
Allí nacen mil flores fragantes,
Cuyo aroma, los tiernos amantes,
Suelen ir á respirar con afán;
Mas si llego á mi boca esas flores
Que embalsaman el plácido viento,
Se marchitan de amor al aliento,
Que es la lava de ardiente volcán.

Quando cantas de amor dulce trova,
El amor cuantos te oyen respiran,
Y estasiados de dicha te miran
Cual si fueras tú misma el amor:
Con tu acento trasmites al hombre
La alegría, el dolor, el consuelo....
Y se cree transportado hasta el cielo,
Quando canta tu voz al Señor.

Las sirenas tu canto no igualan,
Ni la nieve te iguala en blancura,
Ni las gracias en gracia y ternura,
Ni ya Vénus te iguala en beldad.
¡Ah! ¿Y hay hombre que pueda mirarte
Sin sentir este amor tan profundo?
No: que Dios á que te amen al mundo
Te mandó, mi adorada deidad.



UNA LAGRIMA DE AMOR.

Hoy que os ambla impia
La noche del dolor, llorad mis ojos.
M. Breton de los Herreros.

Quando en la noche serena
El mundo descansa en calma,
Triste y afligida mi alma
Vela en su amargo dolor:
Que el sueño calmar no quiere
De un amante los enojos;
Y tiembla, pura, en mis ojos,
Una lágrima de amor.

La faz de la blanca luna
Que brilla en el firmamento,
Cercada de estrellas ciento,

Derramando su fulgor:
Me recuerda el rostro bello
Del ángel que amo inocente;
Y vierte ¡ay Dios! mi alma ardiente,
Una lágrima de amor.

En todas partes su imágen
Miro encantadora y bella:
En la mas luciente estrella,
En el cielo y en la flor;
Y mientras ella descansa,
Sin ver mis penas y enojos,
Tiembla, brillante, en mis ojos,
Una lágrima de amor.

En vano, en vano procuro
Olvidarla un solo instante:
En vano, sí, que constante
Es de mi pecho el ardor;
Pues cuando creo logrado,
Lleno de placer, mi intento,
En mi faz resbalar siento
Una lágrima de amor.

¡Ah! sí; que el hombre que adora,
Cual yo, con toda su alma,
Gozar no puede esa calma
Que dá treguas al dolor:
Nada, nada hay en el mundo
Que mitigue mis enojos,

Pues siempre tiembla, en mis ojos,
Una lágrima de amor.

Mis párpados ni un instante
Cerrar logra el grato sueño;
Ni de la rosa el beleño
Calma de mi alma el ardor.
Que siempre nacer la aurora
Miro que en oriente brilla;
Y ella alumbra, en mi mejilla,
Una lágrima de amor.

Mas ¡ay! si en la noche hermosa
Tanto sufre el alma mia,
Muy mas se aumenta de dia
Su incomprendible dolor:
Pues el placer que otros gozan
Viene á aumentar mis enojos;
Y hace asomar á mis ojos
Una lágrima de amor.

Virgen pura, ídolo hermoso,
Muger bella cual la luna,
No ha sido jamas ninguna
Amada con tal ardor:
Ni ha habido un hombre en el mundo
Que cual yo constante ame,
Ni á todas horas derrame
Una lágrima de amor.

¡Ah! feliz, feliz si un día
Logro que escuches mi ruego,
Y tierna premies el fuego
Que en mí siento, abrasador:
Feliz si con un "yo te amo"
Calmas mis penas y enojos,
Y miro en tus dulces ojos
Una lágrima de amor.

~~~~~  
¡Ay! entonces ¿qué importarme  
Podrán las penas del suelo,  
Si en tí miraré mi cielo  
Y mi ventura mayor?  
Los males de dos que se aman,  
Dejan el alma tranquila,  
Conque vierta la pupila  
Una lágrima de amor.

~~~~~  
Oye, mi bien: no ya esquivas
Mi amor desprecies profundo;
Que el bien único del mundo,
Es este divino ardor:
Dime que me amas, mi encanto;
Y disipa mis enojos:
Viertan juntos, nuestros ojos,
Una lágrima de amor.



El Guerrero Español.

Y á cada momento crecen
El fuego, el humo y las voces,
De aquellas hordas feroces
Que del infierno parecen.

G. R. Larranaga.

~~~~~  
Sobre un brioso bridon  
Que tasca el freno impaciente,  
Está un guerrero valiente,  
Bajo el dorado balcón  
De la que ama tiernamente.

Una coraza brillante,  
Donde los rayos del sol  
Reflejan en este instante,  
Lleva el soldado Español,  
Apuesto asaz y arrogante.

Un yelmo resplandeciente,  
Do bellas plumas ondéan



Al impulso del ambiente,  
Y que al oscilar flamean,  
Ostenta sobre su frente.

Con la visera calada,  
Y hasta los dientes armado,  
Está el valiente soldado,  
Y pesadísima espada  
Lleva pendiente á su lado.

Paredes. (Diego Garcia)  
Este guerrero se llama:  
Hombre audaz y de hidalguia,  
Que á la hermosa Elvira ama,  
La cual en su amor ardia.

Es Diego Garcia el hombre,  
Mas valiente de su tropa:  
Tiene de bravo el renombre;  
Y es tenido, á nadie asombre,  
Por el mas fuerte de Europa.

Es gigantesca su altura:  
De varonil hermosura:  
Gruesos músculos, derecho,  
De ancha espalda y ancho pecho,  
Y de gentil apostura.

En sus músculos nerviosos,  
Su grande fuerza atestigua,  
Y revelan, poderosos,  
Ser de uno de los colosos  
De la edad la mas antigua.

Despues de haber largo rato  
Hablado á su amada hermosa  
De su pasion ardorosa,  
Díjola con mucho acato  
Y con voz muy cariñosa.

—A Dios, Elvira, mi encanto,  
Contra el valiente frances  
Que á Italia llena de espanto,  
Preciso combatir es  
Sin estar ociosos tanto.

Hasta hoy feliz la campaña  
En Italia nos ha sido  
Y bien siempre hemos salido,  
Que nadie al leon de España  
Resistírsele ha podido.

A Dios pues, mi dulce amor:  
A Dios ¡oh luz de mis ojos!  
Pronto vendré vencedor,  
Y á tus plantas los despojos  
Pondré que ganó el valor.

—A Dios, Diego, mi alma late  
De témor porque te ama:  
Si mueres.....—Tranquila estate;  
Siempre vence quien combate  
Por su rey y por su dama.

Y arrimando á su corcél  
Las espuelas al momento,  
Se ausentó del sitio aquel



Voloz como el mismo viento  
Que silvando va cruel.

Quedó Elvira en el balcon  
A Diego partir mirando,  
Y en su terrible afliccion,  
Sus ojos fueron brotando  
Lágrimas del corazon.

Era, la que tanto afan  
Sufriera y dolor tan malo,  
Hija del Gran Capitan,  
Del intrépido Gonzalo,  
Tras quien los laureles van.

A Italia su padre amante  
Hizo pasara la bella,  
Porque su bien cifra en ella,  
Como cifra el navegante  
Del norte en la hermosa estrella.

Es Elvira de estatura  
La mas bella en la muger,  
Ni de estraordinaria altura,  
Ni tan baja que perder,  
La hiciera algo su hermosura.

Frente clara y espaciosa,  
Pura cual su corazon:  
Labios de color de rosa  
Cuando rompe su boton  
Fresca, pura y olorosa.

Ojos azules, serenos,

Que revelan el candor  
De su seno encantador:  
Ojos ¡ay! de vida llenos  
Donde reside el amor.

Nariz pequeña, divina,  
De delicado perfil;  
Ceja leve, peregrina;  
La tez tan tersa y tan fina  
Cual la de un ser infantil.

Blanca la faz cual la nieve,  
Tocada de un color leve  
De finísimo carmin:  
Mejillas que envidiar debe  
El agradable jazmin.

Castaño claro y brillante  
El cabello, que abundante  
Hasta sus plantas caia:  
Fino cual seda, y fragante  
Como la dulce ambrosía.

Cuello hermoso, alabastrino,  
Seno turjente, elevado;  
Talle airoso, delicado:  
Pie muy pequeño, divino;  
Y brazo muy tornéado.

En cuanto el fuerte guerrero  
Se ausentó con su bridon  
De aquel sitio placentero,  
Elvira un ¡ay! lastimero  
Ecshaló, y cerró el balcon.



II

Jamas nacion alguna tan ínclitos guerreros  
Como la rica España pudiera presentar,  
Ni tantos capitanes, ni tantos caballeros  
Que nunca superiores llegaron á encontrar.

La España era de nobles y de valientes cuna;  
La España era temida do quier brillaba el sol:  
La España no tenia nacion rival alguna;  
Y todos respetaban el nombre de Español.

Cortés, Pizarro, Ercilla, Paredes, Acevedo,  
Don Pedro de Alvarado, Gonzalo Sandoval,  
Pedro Navarro, Iñigo, Correa, Olid, Segredo,  
El nombre de su patria lo hicieron inmortal.

Y todos en un siglo la luz de Iberia vieron,  
Y mil otros guerreros que respetados son;  
Y allí donde lucharon, allí siempre vencieron,  
Que nunca vióse hollado de España el pabellou.

Mas mientras unos de estos con los aztecas lidian,  
Hazañas mil haciendo que admiracion nos dan,  
Pasemos á la Italia, do su valor no envidian  
Los otros que triunfantes por donde quiera van.

Tascando el duro freno, briosos los bridones,  
Al enemigo campo dirígense francés;  
Y oprimen sus hijares los nobles infanzones,  
Y escúchase el ruido del esplendente arnés.

Los yelmos, do flamean mil plumas de colores,

De plata un monte imitan que marcha á otra region  
Y las lucientes plumas, canoros ruiseñores  
Y pavos que allí tienen pacífica mansion.

El ruido de las armas escúchase á lo lejos:  
Escúchase el relincho fogoso del corcé;  
Y las corazas brillan del sol á los reflejos,  
Y brillan las espadas cortantes y el broquel.

El enemigo campo divisan los valientes,  
Donde el frances espera la lucha con ardor;  
Y entonces hacen alto los otros; é impacientes  
Se forman esperando mostrar su gran valor.

A seis millas escasas del pueblo Cerinola  
Se encuentra el campo todo del ínclito frances;  
Y avanza ácia la gente intrépida española,  
Cuyo valor temido de los contrarios es.

Empéñase la lucha terrible en el instante:  
Retumba en ambos campos el destructor cañon;  
Y marchan los franceses, sin miedo, ácia adelante,  
Con paso siempre firme, con noble corazon.

Sobre ellos, de la España los hijos valerosos,  
Arrojáanse atrevidos, con furia singular;  
Y juntos unos y otros se dan golpes furiosos,  
Y en sangre rojo el campo lo llegan á dejar.

De polvo una gran nube levántase ácia el cielo;  
Escúchanse los golpes del hierro matador;  
Y muerden mil valientes el empapado suelo  
Que heridos caen y lanzan un ¡ay! desgarrador.



De la una y otra parte los capitanes fieles,  
Animan sus soldados que lidian sin cesar:  
Y llámanse y se buscan, y golpes dan crueles,  
Sin que al contrario logre ninguno desmayar.

La plácida victoria por nadie se decide:  
Franceses y españoles combaten con valor;  
Y aunque el oscuro polvo mirarse les impide,  
Se estrechan y se hieren con hierro matador.

Mas la fortuna airada se muestra é importuna  
Al fin á los primeros que empiezan á aflojar,  
Y dejan en el campo de sangre una laguna  
Do vense cuerpos muertos sin número nadar.

Nemurs el valeroso, cayó tambien sin vida,  
El ínclito Chandea y el conde de Morcon;  
Y al verse sin caudillos pusiéronse en huída,  
Mirando ya en la fuga la dulce salvacion.

El español entonces, con ciega confianza,  
Los sigue y los acosa de cerca, sin cesar;  
Y en los franceses hace terrífica matanza,  
Y todos sus cañones lograron les quitar.

Y todas sus banderas y todos sus pertrechos  
Dejaron en las manos del fuerte vencedor;  
Y ya desordenados heridos y deshechos,  
Huyeron los franceses del campo, con temor.

III

De Elvira bajo el balcon,

Un arrogante guerrero,  
Vestido de limpio acero,  
Desmonta de su bridon,  
Que es, como el aire, lijero.

Sube al punto la escalera  
Con inquietud en el pecho;  
Y á su amada, que le espera,  
Un abrazo la dá estrecho,  
Con pasion pura y sincera.

—¡Paredes!.... dijo la hermosa:  
Ya soy feliz pues te veo.  
Y una lágrima preciosa,  
Por sus mejillas de rosa,  
Corrió, que á él causó recreo.

—Gracias, Elvira, mi amor:  
La dijo Diego García:  
Portí vuelvo vencedor:  
Pues tú me inspiras valor  
Siempre en la batalla impia.

—¿Vencisteis?—Bien se portaron  
Los franceses ciertamente:  
Bien su denuedo mostraron;  
Pero al fin se retiraron  
Zurrados por nuestra gente.

Con su lanza un rudo vote  
Me dió en el pecho un frances;  
Y yo con mi chafarote,



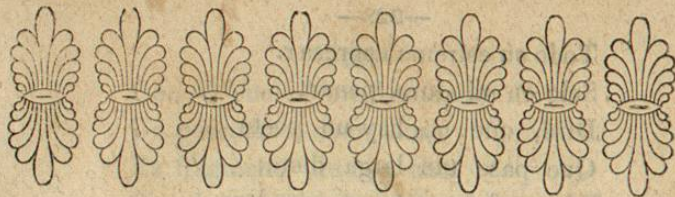
Al verle tan descortes,  
Le partí en dos el cogote.

Otro, con crudo despecho,  
Me tiró al cuello los brazos,  
De sus fuerzas satisfecho;  
Y yo, apretándole el pecho,  
Le hice los huesos pedazos.

Bien zurrados, vive el sol,  
Los enemigos han sido;  
Bien ciertamente han corrido;  
Y no echarán en olvido  
Los golpes del español.

Mas dejemos, vida mia,  
A los franceses allí,  
Y hablemos de amor aquí:  
Que tras larga lucha impia,  
Hablar de amor dulce es, sí.

Y esto diciendo, en sus brazos  
La estrechó con ciego ardor;  
Y ambos juráronse amor,  
Y en indisolubles lazos  
Vivir libres de dolor.



## MEMORIAL DE UN POETA.

Si alguno quiere morirse  
Sin ponzoña ó pestilencia,  
Proponga hacerme algun bien,  
Y no vivirá hora y media.  
Quevedo.

Haceros saber pretendo  
En estos versos que escribo,  
Que muriendo de hambre vivo,  
Si es vivir, vivir muriendo.  
Por lo mismo, conociendo  
La bondad de vuestra alteza,  
En mi estremada pobreza  
Que me atendais os suplico,  
Pues os hizo Dios tan rico,  
Cual pobre á mí su Grandeza.

Nunca podré ponderar  
La miseria que me abrumba,  
Porque no es dado á mi pluma